

**JOHN D.
MacDONALD**

**Infierno
en el Paraíso**



En esta nueva novela, John D. MacDonald desarrolla sus famosas dotes de novelista: diálogo cínico y fluido, brillante descripción de ambientes y una trama ágil llena de acción y de suspense. La intriga se sitúa en Hawai y Honolulu, a bordo de barcos de recreo y combina el amor y el misterio por partes iguales.

Publicada también en español como «El lamento turquesa».

Travis McGee 15

UNO

El apartamento que le habían prestado a Pidge era un estudio en el piso once de Kaiulani Towers, en Hobron Lane, a unos cien metros a la izquierda de Ala Moana Boulevard, en dirección al centro de Honolulu.

En el viaje desde el aeropuerto descubrí por qué los taxis son tan caros en Hawai. Cuando quieras saber algo, pregunta.

—Lo que sucede —dijo el taxista—, es que las compañías se pelean por tener lugares exclusivos. Como el centro comercial Ala Moana. Yo podría dejarle ahí, pero no puedo coger pasajeros en ese sitio. Y las exclusivas cuestan dinero, entiende, un dinero que el cliente también debe pagar. ¿Es la primera vez que viene a Hawai?

—No. Pero no soy un visitante habitual.

—Todo cuesta un ojo de la cara, amigo, y los precios siguen subiendo.

De eso no había ninguna duda, amigo.

Aunque había telefonado desde el aeropuerto, y había utilizado el sistema de baja fidelidad en el atestado vestíbulo del edificio, Pidge Brindle me franqueó el paso sólo después de haber abierto apenas la puerta, dejando que ésta llegase hasta el extremo de la cadena de seguridad. Un ojo redondo, un segmento de sonrisa, un gesto de placer. Cerró la puerta, pude oír el ruido de cadenas y cerrojos y luego la abrió de par en par para que entrase, reprimiendo el obligado abrazo hasta después de haber cerrado nueva-

mente la puerta. Luego se puso de puntillas y me abrazó con fuerza y alegría, al tiempo que decía:

—No puedo creerlo, Trav. Realmente no acabo de creer que estés aquí, que hayas venido.

—¿Tú me llamaste, verdad?

—Lo sé. Pero es un viaje tan largo.

Cinco husos horarios diferentes es efectivamente un viaje muy largo. Aquí aún no era la hora del almuerzo, mientras que en Lauderdale, Bahía Mar se encontraba casi envuelta en las primeras sombras de un incipiente diciembre. Me encontraba en pleno *jet lag*. El cerebro se vuelve masilla y los bordes de las cosas parecen más brillantes y afilados.

Pero a Pidge la veía bien, muy real, aunque demasiado pálida. Hacía poco más de un año que ella y Howie Brindle, que llevaban un par de meses casados, habían zarpado de Bahía Mar en el *Trepid* para disfrutar de una dulce travesía alrededor del mundo. Habían enviado algunas postales. Pero siempre las hay cuando la gente parte. Las dársenas de los puertos deportivos son lugares transitorios. Son salas de espera grandes, elegantes y exteriores.

Y luego la llamada telefónica, breve y sufrida y asustada.

—¿Por favor? ¿Por favor?

Y, tal como había apuntado Meyer, aunque no era en absoluto necesario hacerlo, si yo tuviera que hacer una lista de las personas a quienes les debía algo importante, tendría que incluir a un hombre muerto llamado Ted Lewellen, cuya única hija, Linda, había recibido el mote de Pidge porque, cuando era pequeña, había aprendido a imitar a la perfección el gorjeo gutural y arrullador de una paloma^[1] de ciudad. Meyer no tenía necesidad de recordarme al profesor Ted porque yo ya le había dicho que sí a esa voz pequeña y lejana. Le dije que conservara la calma, que llegaría lo antes posible.

De modo que hice una reserva en una compañía aérea, verifiqué la lista de cosas que siempre debo hacer cuando

abandono mi vieja casa flotante por un tiempo indefinido, preparé el equipaje y me marché, dejando encargado a Meyer que echara un vistazo de vez en cuando y se encargara de recibir la correspondencia. Todo lo que necesitaba cabía en un bolso lo bastante pequeño para colocarlo debajo del asiento. Llevaba un poco de dinero extra. En la voz de Pidge se advertían alusiones a profundas miserias. La mayor parte de las soluciones pueden conseguirse en un centro comercial local, a precios muy elevados. La llamada me había cogido en una buena época y disponía de suficiente dinero para vivir seis meses sin preocupaciones. De modo que busqué en el escondite que tenía en la proa de *The Busted Flush*, metí unos cuantos billetes en la billetera y coloqué el resto del dinero en un lugar seguro.

Había aprendido a utilizar este lugar seguro hacía mucho tiempo como un hombre que, por su trabajo, debía transportar cuatro juegos completos de documentos de identidad. Hay que procurarse uno de esos aparatosos vendajes Ace para personas con rodillas deterioradas. Yo, de todos modos, tenía la rodilla izquierda hecha polvo. Se divide el dinero en dos montones iguales, cada uno de ellos se dobla por la mitad y se envuelve en pliofilm, luego se desliza uno debajo de la venda en la parte delantera de la rodilla y otro detrás de ella. No hay peligro de perder el dinero. Nada incómodo. Sólo una reconfortante presencia.

Compré mi billete junto con los pasajeros nocturnos en el mostrador de vuelos nacionales en Miami. Hay dos maneras de viajar: primera y turista. En primera es mejor. El estilo de vida de todo el mundo está apretujado junto con tantas pequeñas incomodidades arbitrarias como la burocracia industrial-gubernamental puede embutir en ese lugar. De modo que, cuando uno compra un billete en primera clase, también compra una presión arterial más baja, porque cuando hay problemas se toman más decisiones en nuestra dirección si tenemos una P junto al número de vuelo. Y para un hombre que mide metro noventa, con un ven-

daje de cincuenta centímetros, en P hay más espacio para estirar las piernas. Cogí un DC-10 a Los Angeles y al llegar descubrí que, por razones desconocidas, el avión de conexión que debía tomar y que venía de Chicago aún no había despegado de aquella ciudad. De modo que comprobé los tableros electrónicos en las primeras horas grises del amanecer y cambié el billete a un vuelo internacional, a un 747, a un asiento de ventanilla en el rincón trasero de estribor de primera clase, despegando una hora y media más tarde. Cuanto más grande es el pájaro, más se siente uno como algo que está siendo procesado, y esa sensación se ve estimulada si uno ocupa un asiento delantero en primera clase de un 747, porque seguramente bajarán la pantalla de cine y luego harán lo propio con la tapa corrediza de la pequeña ventanilla. «Pero, señor, si su ventanilla deja filtrar la luz arruina la calidad de la película que los otros pasajeros han decidido ver». ¿Y qué insensato querría arruinar la película a una pequeña multitud de cretinos de primera clase que vuelan a diez mil metros de altitud?

Tres semanas antes de Navidad los aviones están vacíos. Creo que había siete agradables muchachas que se contoneaban por el pasillo atendiendo a quince pasajeros. Después de la irrealidad de que un par de chicas muertas de sueño y vestidas con faldas de hierba plástica sirvieran zumo de piña helado, y la añadida irrealidad de la Inspección previa al embarque —una ceremonia que cualquier maníaco declarado podría burlar— tuve una fugaz visión de Los Ángeles bañada por la luz del amanecer, y la altitud y la curva de la luz le confirió una extraña apariencia de absoluto vacío, un modelo cuadriculado de pálidas estructuras quebradas y escombros, abandonados hacía mucho tiempo, un lugar de pequeñas viñas secas y serpientes dormidas bajo el sol. Un momento más tarde tuve otra visión desde un lugar más alto, y ya no era una ciudad, sino una *pizza* rancia profusamente salpicada con nueces picadas.

Tan pronto como se desabrocharon sus cinturones de seguridad, las cordiales muchachas comenzaron a bombardearnos con bebidas, luego clavaron nuestros pies a unas tablas y nos atiborraron de comida, aprovechando el doble estupor de alcohol y comida para ponernos a dormir. A los insomnes, la música estéreo de alta fidelidad de los auriculares esterilizados con una amplia selección de canales, o la esterilizada y enlatada película, les mantendría ocupados para que no molestaran a las azafatas con sus pedidos de servicio.

A mitad del vuelo, una azafata grande y hermosa regresó, se detuvo junto a mí y me miró con expresión preocupada. Yo no estaba comiendo ni bebiendo, tampoco leía ni escuchaba la música ni prestaba atención a la película. Sólo estaba sentado en mi asiento con los ojos abiertos. ¡Era algo inconcebible! ¿No deseaba algo de beber? ¿Una revista? ¿Un periódico, quizá?

En el 3174 d. C., las laboriosas y serviciales muchachas del planeta Squanta III cortarán nuestra columna vertebral, nos instalarán en nuestros pequeños y luminosos úteros de la eternidad, ligarán hábilmente el tubo sanguíneo, el tubo alimentario, el tubo de desagüe y el circuito de control, quitarán rápida e indoloramente los párpados y, con alegres gorjeos, golpecitos y palmaditas de hasta nunca bajarán la tapa y la sellarán, dejándonos rodeados por una luminosa vista dimensional del desierto, un aroma de calor y salvia, un sonido de cascos que se acercan a todo galope como si, al son del clarín de caballería, John Wayne llegase cabalgando, cabalgando, cabalgando...

—No, gracias —dije—. Sólo estoy pensando.

Labios fruncidos. Líneas verticales entre las cejas oscuras.

—¿Pensando? Eh, tengo un amigo que está completamente colgado con eso de la contemplación, ya sabe, las ondas cerebrales de una persona y todo eso. Yo pensaba que había que estar inmóvil y solo para hacerlo. No sabía

que también podía hacerse en los aviones. ¿Es eso lo que está haciendo?

—Sí, Uno puede hacerlo en estos aviones grandes y estables.

—Este vuelo es muy estable porque llevamos dieciséis toneladas de madera terciada a Hawai a causa de una huelga.

—Eso lo hace muy estable.

—Si le he interrumpido con mi conversación, lo siento. No era mi intención meterme en lo que no me concierne. Puede continuar con lo que estaba haciendo, ¿eh?

Se alejó feliz. Yo no estaba ocioso. Ya no era más un símbolo del fracaso de las azafatas. Pero su despedida en el Aeropuerto Internacional de Honolulu estaba plena de esa especial calidez que significaba que estaba contenta de deshacerse de mí. Meyer dice que la Nueva Gente no sólo es incapaz de estar sola y ociosa sin volverse loca, sino que se siente obligada a convertir a todos los solitarios en animales gregarios como ellos.

En cualquier caso, antes de volver a ver a Pidge, tuve la posibilidad de pensar en ella. Veloces y brillantes imágenes de Pidge. Instantáneas en color comenzando diez años atrás, cuando ella tenía quince. Fue entonces cuando apareció en Bahía Mar, la hija huérfana de madre del profesor Ted Lewellen. La esposa de Ted había muerto repentinamente y, siguiendo un impulso nacido de la tristeza y la conmoción, se había marchado de la universidad del medioeste donde había impartido clases durante años. El pretexto fue que había decidido ausentarse para escribir un libro.

Detestaría tener que calcular la cantidad de mapas de tesoros, auténticos, genuinos e inestimables, que me han ofrecido. Tesoros hundidos a lo largo de los cayos de Florida, lejos de los arrecifes de las Bahamas, cerca de Yucatán. Se me ocurre que en Tampa debe haber una imprenta que los produce, arrugando los bordes e hirviéndolos en té.

Ted Lewellen se había tomado un año sabático un par de años antes de que su esposa muriera y había pasado ese año en los viejos subterráneos y en las antiguas bibliotecas de Lisboa, Madrid, Cartagena y Barcelona. Como su español y portugués coloquiales casi no tenían acento y sus credenciales como lingüista, erudito e historiador eran quizá más respetadas allí que aquí, y como su proyecto apelaba al honor y el orgullo nacionales —seguir la pista de viajes poco conocidos y héroes olvidados de los siglos XII, XIV y XV que habían zarpado de Europa occidental— recibió toda la cooperación que necesitaba.

Mucho después de que hubiera decidido que podía confiar en mí, me habló de aquel año. Cartas, diarios de navegación, informes. Una enorme cantidad de material que nunca había sido investigado adecuadamente. Pomposos relatos de oro y sangre, piratería y enfermedades, tempestades y avaricia. De modo que, junto con su proyecto erudito, había llevado una relación personal de pistas de tesoros. Le llamaba el libro de los sueños. Él y su esposa acostumbraban a bromear sobre ello. Algún día, cariño, nos lanzaremos a la aventura.

Al año siguiente, durante las vacaciones de verano, Ted y su esposa habían venido a Florida, aprendiendo los rituales y precauciones de la inmersión con escafandra y visitando los lugares donde habían naufragado un par de galeones cerca de las costas de Florida. Ted leía la extravagante literatura de los buscadores de tesoros y, con la disciplina propia de un erudito, extraía los datos que podían serle útiles y descartaba los mitos inconsistentes. De cada fuente aprovechable, Ted hacía una lista principal de sitios donde se sabía o se sospechaba que había un tesoro, y luego pasaba al libro de los sueños y transcribía aquellos lugares que había encontrado en otras listas, sabiendo que habían sido limpiados hacía mucho tiempo o bien habían logrado eludir una búsqueda prolongada y diligente.

Les conocí, al padre y a la hija, cuando vinieron por primera vez y estaban buscando un barco. Cada uno tratando de divertir al otro. Ambos tratando de responder. Había oído por ahí que yo vendía una embarcación por cuenta de un amigo. Les llevé a lo largo de Waterway hasta Oscar's Dock, donde el *Whazzit* de Matty Odell se mecía tranquilamente sobre las aguas. Recuerdo que, en aquella oportunidad, me pregunté si no se trataría de otro de esos chiflados que se dedican a buscar tesoros en el fondo del mar. Pero no tenía ese extraño brillo en la mirada, y tampoco las elaboradas y engañosas explicaciones sobre por qué quería un viejo y fuerte lanchón como el *Whazzit*. No cometió el error habitual del comprador que pretende conocer un montón de cosas que en realidad ignora. Contesté a sus preguntas. Tenía un presupuesto cerrado. Tenía a un experto en el asunto. Luego le hizo a la viuda de Matty una primera y última oferta y ella la aceptó. Me olvidé de todo el asunto hasta dos meses más tarde, cuando me encontraba en el muelle de los surtidores y el profesor atracó para cargar combustible. La embarcación ahora se llamaba *Lumpy*.

Pero le había cambiado algo más que el nombre; sólo podía tratar de adivinar cuántas agotadoras jornadas habían dedicado él y su hija a esa bañera. El profesor había adelgazado notablemente y en su cuerpo, bronceado por el sol hasta adquirir una tonalidad rojiza, se notaban los músculos y los tendones. Me invitó a bordo y me enseñó los grandes generadores reconstruidos, el compresor de aire. Vi los enormes Danforth y la cuerda de tres cabos del ancla. Seguía siendo una vieja y lenta y fea barcaza, pero ahora era una vieja y *agradable* barcaza.

Le pregunté por qué lo había equipado de ese modo, y él me contestó que tenía un proyecto de investigación submarina en marcha. Le pregunté por Pidge y me dijo que estaba en el colegio y que se adaptaba bien. Me dijo que Pidge nunca había tenido problemas para hacer amigos. Le

observé mientras se alejaba al timón del *Lumpy*, manejándolo con mano experta, controlando el viento y la marea.

Algunos meses más tarde me enteré accidentalmente que Lewellen había vendido el *Lumpy* a un club de submarinistas que había cerca de Marathon. Imaginé que había quebrado y regresado a casa. Entonces supe que alguien había comprado el *Dutchess*. El barco había estado en subasta pública durante mucho tiempo en Dinner Key. Fuera de mi alcance en términos económicos. Un fantástico velero a motor construido por encargo, con un casco semiras-treador y una manga increíble. En aquella época tenía unos diez años. El casco había sido construido en Hong Kong. Caoba y teca. Los motores diésel y el resto de los artilugios mecánicos habían sido instalados en Amsterdam. Enorme capacidad en los depósitos de combustible, desalinización, todos los elementos de ayuda para la navegación. El velero había sido equipado con montacargas automáticos y accesorios para trabajos pesados, de modo que un solo hombre pudiera navegar en él.

El nuevo propietario había hecho un buen trabajo en el velero. Entonces lo trajo a Bahía Mar, a un muelle grande y vacío. Me acerqué a echarle un vistazo. Cuando hubo atracado y encontré a Ted Lewellen y a Pidge a bordo del *Trepid*, como le habían rebautizado. Uno podía viajar en ese velero a cualquier parte del mundo y quedarse todo el tiempo que quisiera.

Es muy fácil decirse a uno mismo que no debe comprometerse. Demasiado fácil. Yo me lo repetía una vez por día hasta que, finalmente, comprendí que *debía* comprometerme. Escogí una mañana cuando Pidge estaba en el colegio. Tuvimos nuestra larga conversación en el camarote principal del *Trepid*, mientras la lluvia caía torrencialmente sobre la cubierta, un viento borrascoso empujaba el mástil desnudo y hacía que todas esas toneladas se mecieran suavemente.

Le dije que para mí era absolutamente obvio que había zarpado solo y había encontrado algo muy valioso en el fondo del mar, y que si yo podía llegar a esa conclusión, había un montón de gente en los alrededores que podían llegar a la misma conclusión con la misma facilidad y, cuando lo hicieran, eran la clase de gente que subiría a bordo, le partirían el cráneo y registrarían cada centímetro de su gran velero.

Ted representó bien su papel. Conmoción, sorpresa, consternación, incredulidad. Él tenía preparada una larga historia sobre testamentos y fideicomisos y propiedades y albaceas testamentarios, y sobre cómo había llevado mucho tiempo que la heredad de su esposa pasara por la validación del testamento antes de su distribución entre los herederos.

Entonces le dije que aun cuando todo eso fuese verdad, los imbéciles y los malvados podían saltar a cubierta, y los que eran un poco más listos podrían investigar los registros testamentarios en el norte del estado y averiguar si él había recibido dinero suficiente para comprar semejante velero y hacerle todas las mejoras que él le había hecho. Lo pensó durante un momento y me dio las gracias por preocuparme por él y advertirle del peligro, añadiendo que tomaría todas las precauciones necesarias. Cuando comprendí que él pensaba que yo estaba tratando de obtener una parte de su trabajo, le expliqué cómo funcionaba mi pequeño aspecto especial del negocio del salvamento en el mar. En caso de que él llegara a necesitar mis servicios. Él no creía que fuese a necesitarlos.

Nuestra relación era de amistad vigilada hasta que, dos años más tarde, decidió que podía confiar en mí. Pidge, que ya tenía diecisiete años, estaba viviendo uno de los grandes enamoramientos del mundo occidental. Y estaba fijada en mí. Es difícil imaginarse a uno mismo como la imagen romántica de una adolescente. Cuando ella me miraba, sus ojos revoloteaban y luego se tornaban soñolientos. Se

sonrojaba, palidecía y volvía a sonrojarse. Se interrumpía en la mitad de una frase, olvidando lo que quería decir. Tropezaba y se movía torpemente entre las cosas y me seguía como si fuese un perro. Si hubiese sido una muchacha bobalicona y huesuda, con dientes de ardilla y la mirada estrábica, hubiera sido una cosa. Pero una encantadora muchacha, bronceada, de largas piernas y ojos azules en el primer estallido de madurez es una cosa completamente distinta. Una adoración humilde y absoluta es algo turbador. Alarmaba e irritaba a su padre y me convertía en el hazmerreír de todo el mundo. Ahí va McGee y su club de admiradoras.

La misión de Pigeon era muy clara, muy simple. Ella quería casarse conmigo inmediatamente, y cualquier cosa que tuviera que hacer para conseguirlo era perfectamente normal para ella, y pensaba demostrarle a todo el mundo que era toda una mujer.

Cuando la situación se volvió insostenible comencé a preguntarme por su salud mental, aprovisioné *The Busted Flush* y solté amarras hacia el Waterway. Había recorrido la mitad del trayecto desde Biscayne Bay cuando el casco chocó contra algo que flotaba casi totalmente sumergido. Golpeó pesadamente el casco y luego se las arregló para ascender y aporrear repetidamente el timón de estribor. La vibración era tan intensa que tuve que apagar los motores. El *Flush* no es exactamente ágil aun con sus dos pequeños motores diésel, y yo tenía que luchar contra la marea y una fuerte brisa que llegaba desde el oeste. Viajé a la deriva hasta que me puse enfermo, entonces busqué la carta de navegación y atravesé la bahía en dirección a unas islas nominadas en el extremo más lejano. Al anochecer lancé un par de anzuelos y busqué el timón de recambio, dejando todo dispuesto para hacer la reparación por la mañana. Me estaba preparando un trago cuando Pidge apareció flotando en la puerta de la cocina, con los ojos grandes y brumosos y una tierna sonrisa en los labios.

—Hola, querido —dijo en un susurro—. ¿Sorprendido?

Lo estaba. Hablamos durante toda la noche. De lo único que logré convencerla fue de que no deseaba una novia infantil, ni una amante infantil, ni siquiera una fugaz relación amorosa que ella juró que nunca, nunca, revelaría a nadie, palabra de honor. Pidge protestó y tartamudeó y se sofocó hasta que su rostro se convirtió en una masa enrojecida y abotargada y su voz en un chirrido lánguido. A medianoche llamé a su padre y le expliqué la situación. Tuve la sensación de que a Ted le resultaba difícil creer la historia del timón averiado. Era una historia difícil de vender. Me dijo que había estado a punto de avisar a la policía. Le di la hora aproximada de nuestro regreso. Me dijo que prefería que Pidge desembarcara en Dinner Key. Le dije que por mí no había problema, lo cual provocó otra sesión de protestas, tartamudeos, sollozos y un estado de miseria general en ella.

Al amanecer, Pidge estaba exhausta, apocada, abatida. Preparó un café horrible. Llevé el *Flush* a aguas poco profundas, me dejé llevar por la marea, quité el timón averiado y coloqué el de recambio. Dirigí el *Flush* desde el puente superior y ella se instaló en la escotilla de proa, acurrucada, pequeña y sintiéndose la persona más desdichada del mundo. Incluso su pequeño y redondo trasero, enfundado en los pantalones cortos blancos, parecía sumiso y derrotado. Pero había algo en la curva que unía la cadera con la cintura, y la cintura con la espalda y los hombros, que provocaba un leve escalofrío de lujuria y pesar. Siempre tengo la duda de si lamento más mis fechorías o las cosas que no he hecho. En un mundo empeñado en difundir el sexo, yo había fracasado en hacer mi parte. Había optado por una salida clásica.

Llegamos a Dinner Key a las diez y descubrí a Lewellen paseando arriba y abajo por el muelle, cerca de los surtidores de gasolina. Dirigí el *Flush* hacia allí y envié a Pidge delante con su pequeño bolso azul y le dije que no necesitaba ayuda con los cabos. No tenía intención de atracar en ese

lugar. Me acerqué suavemente al muelle y Pidge corrió a reunirse con su padre. Un pequeño grupo de holgazanes del muelle la miró con admiración. Supongo que ella lo había estado planeando durante todo el viaje hasta Dinner Key. Se apartó de los brazos de su padre y giró sobre sí misma y me señaló con un dedo acusador y, en un tono de voz alto, claro y artificial, dijo:

—Papá, ¿sabes lo que me hizo? ¿Quieres saber lo que Travis McGee hizo? Durante toda la noche, no hizo más que...

Para entonces Ted Lewellen ya había leído toda la escena, detectando el deseo de venganza de la damisela desdénada y comprendiendo que esa actuación era una perfecta afirmación de mi inocencia. Yo me estaba alejando por el muelle, aumentando el espacio que me separaba de ellos. Ted cubrió suavemente la boca de su hija justo a tiempo y ella se derrumbó en sus brazos. Ted me sonrió tímidamente, me abrazó y luego se alejó con Pidge hacia el aparcamiento.

Muy pronto Pidge hizo los dieciocho años y se marchó nuevamente al colegio.

Y ahora, años más tarde, con cinco horarios de diferencia, la dama y yo nos abrazamos. Luego nos apartamos rápida y torpemente. Las antiguas represiones son un recuerdo en la piel. Ella estaba ligeramente ruborizada, tenía una media sonrisa en los labios y dijo:

—¿Sólo este bolso? ¿Es todo lo que has traído? Claro. Ya recuerdo. Siempre te sientes oprimido por las cosas. Limitado y todo eso. Espero que no hayas encontrado ningún sitio donde alojarte. Pero no podrías haberlo hecho a menos que hubieras reservado habitación desde California. Por favor, ayúdame a que deje de decir tantas tonterías.

—Cierra la boca, Linda Lewellen Brindle, querida.

—Gracias.

—¿Quieres que hablemos más tarde? O ahora.

—Ahora. Ven aquí.